EL COMBATE.

BOLETIN DEL EJERCITO RESTAURADOR DEL ORDEN.

Granada, 16 de mayo de 1893. Núm. 13

El General Don Francisco Gutiérrez.

El país entero sabe ya los servicios que la revolución debe al valiente jefe con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Sin la patriótica determinación del General Gutiérrez, no habría dado el pueblo de Nicaragua el noble ejemplo de protestar ante el mundo que su silencio y pasividad no eran signos de abyección; no habría podido decir con tanta elocuencia—agregando como escolio ó amplificación á la protesta, por la prensa primero y muda después, la voz tonante de los cañones y el silbar de las balas—que todo tiene límite, hasta la prudencia de un pueblo amante de la paz, si se goza de este don precioso á cambio de humillación y de vergüenza.

El General Gutiérrez, con noble desinterés, puso al servicio de la causa de la reivindicación nacional, su valor, sus prestigios y todos los elementos de que disponía. Por eso el usurpador, que confiaba en el acierto de la selección á la inversa que venía operando, lecho de Procusto á cuya medida tiene que rebajarse el carácter de los que le rodean, se revuelve en ira impotente, y desde las prensas nacionales vomita improperios contra la honra del militar digno, que ha venido á coronar su carrera prestigiosa con el hecho significativo de devolver al pueblo, que es á quien el militar debe lealtad, todo lo que se le había arrebatado por un hombre que ni siquiera el título de tirano merece y para quien no hallamos en el rico vocolario español. epíteto despectivo que le cuadre para calificarlo dignamente.

Creía Roberto que el General Gutiérrez, pertenecía á la rica colección de nulidades y protervias con que subrogó á los elementos sanos del Gobierno para que hicieran juego con su protervia y nulidad; y de allí que salgan de la cloaca inmunda escupitazos como éste, que copiamos del número 34 de la Gaceta: "Ellos, los leales [nosotros los revolucionarios] aprovechan la viciosa imbecilidad de un jefe militar á quien el Gobierno había confiado el cuartel de Granada, y sancionan el más feo de los delitos, la traición, para ver si de este modo les fuere posible volver á adueñarse del poder que la voluntad popular les quitó en los comicios."

No es extraño que dada la subverción completa del sentido moral que impera en el Palacio de Managua, salgan del meollo de los plumarios que defienden la causa del usurpador, ideas tan extrañas y tan raras teorias respecto de la lealtad militar. Ya un Prefecto de este Departameeto nos dejó completamente curados de espanto, no ha dos años todavía, al oirle responder al Juez ejecutor de la Suprema Corte de Justicia, ante la cual se había pedido la exhibición de la persona de Don Juan de Dios Matus: "No me vuelva U. á leer la ley; su texto es claro, terminante; pero contra lo prescrito por ella, está el mandato del Ministro que me ordena poner preso al Señor Matus y remitirlo á Managua; y yo, como empleado del Ejecutivo, debo obedecer la orden del Ministro antes que la prescripción legal."

Cuando ha habido empleados de alta categoría que de una plumada anulen la más preciosa de nuestras garantias, sosteniendo que sobre la magestad de la ley está la voluntad caprichosa de un Ministro, no es extraño que haya plumarios adocenados y serviles que escriban por la paga teorias tan inmorales y absurdas como la de que el militar debe lealtad, no al pueblo, que en el Código de la Democracia es el único soberano, sinó al concusionario, al ladrón de los caudales públicos, al que contra la voluntad popular y el texto terminante de la Constitución, mediante la farsa electoral más escandalosa, escaló las alturas del poder, á donde no se puede llegar sino por la puerta franca del voto libre en los comicios.

De distinta manera que Sacasa y sus odiosos reptiles opina todo el pueblo nicaragüense respecto de la conducta del General Don Francisco Gutiérrez; y como este jefe procedieron también el Prefecto y Gobernador Militar de Matagalpa Don Francisco Artola, el General Don José Bonilla, que en el Departamento de Rivas ocupaba igual puesto, el Mayor de Plaza de esta ciudad, el Comandante del presidio Don Ignacio Portocarrero y todos los jefes militares que estaban en servicio en más de la mitad de la República que actualmente ocupa la revolución. Podemos aventurarnos á asegurar más: como el General Gutiérrez y los otros militares que hemos nombrado, opinarían—si no opinan—hasta los mismos jefes nicaragüenses que están al lado del usurpador si en el siniestro naufragio de todas las virtudes cívicas, ahogadas en las repugnantes conscupiscencias que han imperado en el Palacio de Managua, hu-

biesen podido salvar su honradez y su vergüenza. Los que tengan á flote estas virtudes opinan con nosotros, estamos seguros.

Mientras la ira impotente denuesta al General Gutiérrez, el pueblo nicaragüense lo bendice, porque le debe el ver próxima á romperse la odiosa cadena á que estaba sujeto; porque por su conducta noble y leal para con él, verá pronto abatido y por el suelo todo lo del montón que subió á rastras hasta las alturas del poder.

No sólo fué leal con el pueblo nicaragüense el General Gutierrez, sino que, comprometiendo gravemente la causa de la revolución, tuvo la franqueza de manifestarle claramente al Ministro de la Guerra, en uno de sus últimos viajes á Managua: que la situación del país era intolerable; que todos los partidos conspiraban; y que estaba él dispuesto á ponerse al servicio de los revolucionarios, al servicio de la causa popular, para ver si así podía salvar siquiera la persona de su pariente y amigo el Doctor Sacasa—"Si U. no me deja preso—agregó; si vuelvo al cuartel de Granada, no habrá quien me saque de él." No ménos franco que con el Ministro de la Guerra fué con don José T. Sacasa, primo hermano y cuñado del usurpador y Prefecto de este Departamento, á quien le dijo muy clarito: que se interesara porque le admitieran su renuncia, pues no le era posible servir por más tiempo á un Gobierno, falto en absoluto de opinión y con cuya política no podía estar de acuerdo.

En la historia de las revoluciones hispano americanas hay un caso reciente, parecido al del General Gutierrez; y no decimos igual, porque el desinterés de este jefe le da tonos á la sublevación, que alejan toda sospecha de que su ánimo se haya movido por satisfacer ambiciones personales.

Nos referimos á la sublevación de la armada chilena. El 7 de enero de 1891, el almirante de ella, Jorge Montt, actual Presidente de Chile, se sublevó contra el poder de Balmaceda. El capítulo de cargos del pueblo chileno contra este gobernante—y no se crea que intentamos ofender la memoria de este desgraciado estadista, comparándolo con Sacasa—no alcanza á ser la centésima parte del infólio que podría escribirse sobre los crímenes, peculados, robos y concusiones ejecutados por el usurpador que tratamos de derrocar; y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido llamar traidor á Montt, ni ha habido tampoco quien piense que la revolución de Chile solo tuvo en mira derrocar á Balmaceda para que el almirante de la armada ocupara su puesto—El mundo entero sabe que el pueblo chileno peleó noblemente por una causa santa, y no hubo corazón que se agite impulsado por el patriotismo, que no haya exclamado al saber el triunfo de la revolución chilena: "Consuela ver que la causa de la libertad no está perdida en Hispano América."

El General Gutierrez rehusó la presidencia de Nicaragua y sólo puso por condición, que se había de respetar la vida del Doctor Sacasa, que ahora lo insulta por haber cumplido su deber, con el hecho de devolver al pueblo lo que él le había arrebatado, llevándose de calles todo respeto y echándose en el bolsillo, con cínico descaro, tesoro público, leyes y constitución.

FUEGO GRANEADO

De Managua.—Por excelentes conductos hemos sabido lo siguiente:

—En la noche del 1º del corriente, Sacasa estuvo comunicando por teléfono con sus tropas: había previamente colocado una estación telefónica en Nindirí. Así pudo estar oyendo, á ocho leguas de distancia, el fuego de la Barranca y de la estación de Masaya: es por cierto el único modo de que este guapo *General* pueda oír disparos de armas de fuego. Cuando las tropas que comandaba Plaza iban ya en rápida carrera, Sacasa dijo por medio del teléfono á su futuro yerno Sebastián Salinas, que se hallaba en la estación de Nindirí: *No se muevan; esperen órdenes del Ministro de la Guerra.* El yerno, que ya sentía el paso de nuestros bravos y que se tenía una *medrana* atroz, le lanzó por toda respuesta al *Excelentísimo Señor* la palabra de Cambronne, agregando: *Aquí no se puede estar.*

—Díjose en esta ciudad el sábado último que el General Urtecho iba de Ministro de Sacasa al Salvador. Esto es inexacto: el General Urtecho permanece en Managua, sin haber podido conseguir hasta hoy que le den pasaporte para salir del país.

—No fueron 800 hombres, como se creyó al principio, los que atacaron á nuestras fuerzas de Masaya en la noche del 1º de este mes, sino 1.200. Bastaron dos compañías de las tropas revolucionarias para poner en fuga tan considerable columna del usurpador.

—Más de ochenta heridos de las fuerzas de Sacasa hay en los hospitales de sangre de la capital.

—Sacasa no sale de su alcoba, y los telegramas en que le comunican noticias desagradables los recibe y abre su esposa, que se guarda de mostrárselos al pobre hombre, temerosa de que le causen un ataque de nervios.


UCA
UNIVERSIDAD
CENTROAMERICANA
IHNCA
Instituto
de Historia de
Nicaragua y
Centroamérica